ANTROPOFAGIA

EN tiempos primitivos los hijos del jefe de la tribu se comían a su padre viejo porque, de esta forma, heredaban sus virtudes y su autoridad. Los seres humanos somos prácticamente los únicos mamíferos que recurren de vez en cuando a la antropofagia, lo que parece indicar que somos de origen carnívoro y no vegetariano, porque cuando un hombre está al borde de la muerte por hambre, pongo por caso, en una selva, instintivamente tiende a comer la primera carne que ve, aunque sea humana, y no se le ocurre tratar de alimentarse de cortezas de árbol.

Recuerdo una película francesa titulada «¿Le Gustan a Usted las Mujeres?» que exploraba esta idea hasta su conclusión final: evidentemente, era la tesis de la película, si a Usted le gustan las mujeres lo lógico es que se las coma; el protagonista, efectivamente, acaba comiéndose estofada a la mujer de su vida y cuando llega la policía es demasiado tarde ya para hacerle vomitarla por vía oral.

La ley inglesa no prohibe la antropofagia, probablemente porque a nadie se le ocurrió pensar en tal posibilidad en la Inglaterra decimonónico. Un abogado inglés conocido mío me explicó que si alguien, en su testamento y en la plenitud de su sano juicio, deja su cadáver a un amigo suyo, nadie puede impedírselo, ni tampoco al amigo heredero disponer de ese cadáver, por ejemplo, comiéndoselo, si las autoridades de la Higiene Pública examinan la carne y la pasan por buena, lo que, naturalmente, sería inconcebible. Es decir, que el concepto de la antropofagia como delito en sí no existe en la Isla de Su Majestad Británica.

La revista norteamericana «New Yorker» tiene un archivo de dibujos y chistes rechazados por la censura interna del semanario mismo, y yo tuve ocasión de verlo en Nueva York. Uno de los chistes censurados era de Charles Adams, tétrico y retorcido humorista: era una clínica de natalidad y un padre feliz a quien la enfermera brinda un recién nacido, hijo suyo, claro, muy feo y peludo. «No me lo envuelva, enfermera», dice el pie, «me lo como aquí mismo».

El caso más reciente de antropofagia que se conoce es el de los tripulantes de un avión chileno, que quedaron embarrancados en plenos Andes helados y fueron comiéndose a sus compañeros muertos mientras les llegaba ayuda. Las autoridades les trataron con sorprendente benevolencia, y ellos, al parecer, se han reintegrado a la vida normal. Ninguno ha confesado sentir nostalgia de chuletas humanas ni, lo que parece más lógico, se ha vuelto vegetariano de la repulsión que le dio tal experiencia.

La única antropofagia, por así llamarla, digna de elogio es la del pelícano que se ofrece a sí mismo a sus hijos hambrientos: eso se llama paternidad responsable y consciente y lo demás son zarandajas.

JESUS PARDO